

Nancy HUSTON  
**Reflejos en el ojo de un hombre.**  
 Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013

El sexo biológico no sólo no determina la identidad de género y la orientación erótica sino que es quizá el rasgo humano más elaborado culturalmente. Sin embargo, Nancy Huston reivindica cierto papel para la biología, porque la naturaleza puede moldearse pero no ignorarse. En su ensayo hay ideas procedentes de la psicología evolutiva, pero se basa principalmente en su propia experiencia vital, en entrevistas con distintas mujeres corrientes y en relatos biográficos de (autoras, artistas, prostitutas, Nelly Arkan, Lee Miller, Marilyn Monroe, Jean Seberg o Anaïs Nin). En concreto, Huston afirma que la diferente condición genésica de hombres y mujeres influye en *la manera* en que cada uno vive su propia identidad de género —masculina, femenina u otra—, y su orientación trans-, homo-, hetero-, bi-, o asexual. Subraya que, para los sujetos de todas estas identidades, el carácter biológicamente masculino-o-femenino de su respectivo objeto de amor-deseo es tan importante como su identidad y su orientación.

Huston sostiene que la evolución ha modulado la línea base del deseo para que se intensifique durante la maduración de gametos —la ovulación y la producción de espermatozoides, que por ser más abundante y acumularse continuamente intensifica el deseo masculino. Sea por esa causa u otras psico-culturales, es cierto que el ansioso deseo de eyacular

es mucho más frecuente y urgente entre los hombres, mientras que las mujeres, quizá porque el orgasmo es innecesario para el embarazo, toleran mejor la abstinencia sexual. Esa urgencia masculina sería el resultado evolutivo, dado que la gestación no supone ningún riesgo ni coste para ellos, de la ventaja que supone esa motivación para impregnar al mayor número de mujeres posible, y explicaría a su vez la incomparable mayor frecuencia con que los varones buscan relaciones sexuales ocasionales con parejas desconocidas, preferiblemente atractivas y en plena edad reproductiva. Esa diferencia genésico-erótica explicaría asimismo la mayor facilidad con que incomparablemente más hombres que mujeres disocian afecto/sexo, cosifican el cuerpo de su pareja, actúan violentamente, buscan variedad sin ulterior motivo, juzgan sus infidelidades mucho menos graves que las femeninas, practican un sexo meramente genital y basan su excitación erótica en el estímulo visual, la *mirada* que proyecta en el cuerpo del otro la ocasión de satisfacer su deseo. Incluso los varones que viven en pareja, satisfechos con su relación, declaran en encuestas que querrían tener relaciones sexuales más frecuentes, ven porno y se masturban más que las mujeres y valoran menos los gestos y caricias que expresan afecto. Ante un objeto que despierta su deseo y le provoca una erección un varón puede creer que ha tomado

una decisión, o que está obligado moralmente a intentar no “desaprovecharla”.

En cambio, su naturaleza potencialmente gestante condicionaría el erotismo y la sexualidad femenina. Las mujeres también miran, pero su mirada suele ser distinta: con bastante más frecuencia e intensidad que los hombres se sienten, o aprenden a sentirse, menos atraídas por una belleza física que puede propiciar la infidelidad (raramente se excitan *sólo* con *ver* una imagen masculina), y atienden más a rasgos de carácter que denotan lealtad y generosidad; a signos de poder —del tipo que importe en su cultura—, que es una fuente de seguridad; y a factores aún desconocidos. Además, una *mayor* tendencia a la empatía, herencia de eones de gestantes y criadoras, explicaría la difusión de “una disposición innata a observar bien lo que sucede antes de aceptar un coito, a sopesar los pros y los contras, a esperar sentimientos, a querer experimentar el amor y sentirse un poco seguras, sentir que habrá cierta continuidad.” Y quizá porque el orgasmo es innecesario para concebir, o quedar embarazada, las mujeres toleran mejor que los hombres la abstinencia sexual.

Quizá esas tendencias no sean tan innatas como Huston cree; quizá la inconstante variabilidad del objeto de deseo no sea tan distinta en ambos sexos al comienzo de la adolescencia, y sean las diferencias reales de poder entre los géneros las que, socializando/madurando de modo diferente, y en distintos tiempos, sus áreas corticales de planificación y (auto)control, induzcan, a partir de una emocionalidad relativamente diferenciada, su diversidad. Sin

embargo, es indudable que, respecto al riesgo y la violencia, la diferencia es clara: muchos más chicos que chicas se arriesgan a sufrir daños en peleas y accidentes, y son la gran mayoría de los presos, los drogadictos y los sin techo. El principal riesgo femenino es ser objeto de violencia masculina: mirada evaluadora, acoso, chantaje y explotación sexual, desfloración deshonrosa, anticoncepción o aborto forzados, embarazo indeseado, maltrato psicológico, violencia física, violación. La mujer no vive esas situaciones como incidentes mecánicos, sino como algo *personal*, que afecta a su identidad, su valor y su sentido de sí misma: “Es difícil saber en qué consiste tu deseo cuando desde la mañana hasta la noche sufres la presión del deseo del otro, que puede pasar a toda velocidad de homenaje adulador a atentado contra el pudor. No solo eso, sino que es difícil concentrarse en otra cosa. Difícil olvidarse de una misma, pensar, fantasear, callejear, mirar, observar y analizar lo que pasa en las calles cuando en todo momento eres objeto de miradas y constantemente tienes que tomar decisiones al respecto.” (p.107)

Todas las culturas han reconocido esa diferencia —debida, en último término, a la vulnerabilidad física de las gestantes y al elevado coste físico y psicológico de la crianza humana— y han instituido normas para proteger a mujeres y niños: regularmente constriñendo la libertad femenina, y forzando socialmente a las transgresoras a devenir servidoras de la sexualidad extraconyugal masculina. Potencia solapadamente la tentación transgresora el espacio de atención que crea la mirada

deseante masculina, donde las mujeres —a riesgo de ser engañadas o agredidas— pueden competir con sus recursos de atracción/seducción para obtener de los hombres cortesías, ventajas, compañerismo, amistad o lealtad conyugal. Huston identifica aquí un factor crítico: los varones *resienten* el desasosiego que les causa el atractivo femenino. El doble vínculo paradójico que imponen a las mujeres —cree en tu plena igualdad cívico-política, pero sé tan atractiva como puedas, porque eso nos excita y hace sentir viriles— entra en contradicción con su convicción de que la sexualidad femenina es un servicio que se les debe —haz una excepción conmigo—, y cuando esa fantástica promesa no se cumple hacen a las mujeres únicas responsables —incluso culpables, merecedoras de castigo— del deseo que despiertan.<sup>1</sup>

Dentro del competitivo espacio de atención masculino, las mujeres despliegan su creatividad colectiva, y disfrutan de embellecerse, hacen estética —y erótica— con todas las partes de su cuerpo y con cuanta ropa y otros objetos disponen sobre él. La moda existe, como mínimo, desde que hay sociedades urbanas, pero en las industriales, las mujeres sostienen un enorme sector de ropa, complementos, maquillaje, perfume, cirugía estética,

revistas de imagen, etc. —y más cuanto más igualdad social ha conseguido el feminismo). Huston señala la paradoja que supone para el feminismo que las mujeres disfruten de *objetualizar* su cuerpo. Pero es que frecuentemente lo viven como *un juego* cooperativo y creativo, capaz de subvertir parcialmente la mercantilización de su imagen y recuperar ésta para elevar su autoestima, —con disgusto de los hombres que consideran esa imagen propiedad comunal de su género, pues originalmente deriva de la mirada masculina, acaso forma, la más sibilina, de control del deseo femenino.

Los hombres siempre han *representado* en el arte sus expectativas-ideales de belleza y esperado que las mujeres se amolden a ellas, pero desde 1900 la fotografía, el cine, la televisión y hoy Internet *presentan* la imagen *real* de incontables mujeres *canónicas* para el gusto masculino; y las mujeres la interiorizan, porque les gusta a los hombres que a ellas les gustan. Luego, en los años sesenta, los anticonceptivos eficaces y baratos, junto con el crecimiento exponencial del mercado de la imagen, propiciaron un cambio capital: se exilió la maternidad del imaginario erótico público y se generalizó la imagen de la joven en la plenitud de su edad reproductiva que se complace en ser excitante y estéril, —como simboliza la obsesión por el *vientre plano*. Como resultado, la anorexia reemplazó a la histeria como enfermedad de la identidad femenina y el cuerpo a la casa como símbolo de rango en el sub-universo femenino.

Pero esa expulsión, tan exitosa que ya casi parece natural, niega *“la única singularidad irreductible de la mujer res-*

<sup>1</sup> Esa mentalidad nacería de la pasión de nuestra especie por la jerarquía de estatus, algo mayor en los machos. Muchos hombres sienten que su deseo de una mujer les amenaza con invertir sus respectivos estatus y responden con prácticas e instituciones dirigidas a restaurar su superioridad mediante el control físico, legal, económico o cultural de la mujer.

pecto del hombre” (p.255), precisamente los tiempos de embarazo y maternidad en que no se la puede reducir a la imagen de ‘excitante fecundidad estéril’ del canon. Pese a que la maternidad “*cambia* la relación de las mujeres consigo mismas, con su cuerpo, con su deseo y con su pareja” (p.206), esa *norma* estética culpabiliza a las que lo dejan traslucir en su aspecto o su conducta. Muchas mujeres que hacen de ese canon elemento clave de su identidad, sus relaciones y su trabajo tiene luego problemas para vivir sana y plenamente su maternidad cuando llegan a ella. Y peor aún, el mercado ofrece a los hombres un océano libre de esa maternidad/paternidad: simétrica al sector de la belleza *sexy-glamurosa*, prospera una ingente industria pornográfica que entroniza la doble fantasía de una virilidad infalible e infatigable y un cuerpo joven “que se ofrece voluptuoso, siempre excitable y excitante.” (p.160) Para Huston no hay una diferencia sustancial entre pornografía y prostitución. Y contra ésta dirige su crítica más acerba.

Huston asume que la prostitución existirá siempre porque siempre habrá una demanda que inducirá de algún modo la oferta y reconoce que incluye todo tipo de relaciones, también positivas, porque las personas somos diversas, pero sostiene que no es un comercio ‘normal’ y que quienes lo niegan yerran, o son culpables de indiferencia o complicidad. Recuerda que la gran mayoría de las personas prostituidas lo son contra su voluntad, que el grueso de la minoría voluntaria la considera un *mal* menor, y que, entre todos los participantes, es un trato mucho más lesivo para la inmensa mayoría de

*mujeres* prostitutas que para los demás, porque está menos en consonancia con su sexualidad y su afectividad que con la masculina. La prostitución atiende incomparablemente más al deseo masculino de variedad y para la mayoría de los hombres es sólo un gesto ansiolítico, y un ritual donde reafirman su estatus y su poder viril para gozar de una mujer atractiva que se les entrega convenientemente despojada de vínculos de amistad y amor, de pareja y de concepción, vínculos que son el núcleo de la identidad de la mayoría de las mujeres.

Muchas prostitutas sufren tal humillación y exclusión que sienten su condición como irreversible y dejan de querer abandonarla. Ese degradante rechazo *público* es la represalia por los sentimientos de vergüenza y culpa de sus clientes, a quienes abochorna la *debilidad* que revela su incontinencia: su miedo existencial a envejecer y morir; su ansiedad por remediar o recuperar algo estropeado o perdido en su infancia; su apremio de sentirse superiores mediante el *consentimiento incondicional* a su deseo; su falta de voluntad o su incapacidad para desahogar o sublimar de otro modo sus urgencias genitales.

Este oficio es distinto: vender el centro de la identidad íntima, los genitales, no es como vender cualquier otra cosa. Con contadísimas excepciones, que son realmente terapia sexual ‘informal’, la prostitución no es un trato de libre y mutuo acuerdo entre adultos sino un negocio que humilla, margina y degrada socialmente a quienes se ofertan. Y hoy es menos libre que nunca porque toda una industria estimula y encauza hacia ella una necesi-

dad hasta convertirla en adicción. Desde luego, pocas prostitutas son «chicas alegres», sino que, al contrario, “para que acepten excluir de la relación sexual todo imaginario vinculado al amor y la fecundidad una y otra vez (...) las mujeres que se prostituyen tienden a abusar de sustancias que disminuyen su sensibilidad (...) alcohol y drogas. (...) [Y] las diferentes formas de autoagresión no son una excepción, sino la regla.” (p.182, 195). La prostitución será una profesión normal, ironiza Huston, cuando los hombres animen a sus hijas a practicarla, consideren indiferente que su pareja sea prostituta o tenga otro trabajo, y reclamen un servicio nacional obligatorio para satisfacer la noble función social de aliviar sus urgencias genitales.

Pornografía, prostitución y violencia de género evidencian que “los comportamientos deseosos, eróticos, visuales, seductores y artísticos de los hombres y las mujeres no son simétricos ni intercambiables, y nunca lo serán.” (p.154). El problema no es la mayor frecuencia, continuidad e imperiosidad del deseo masculino, sino lo terriblemente a menudo que hay hombres que lo satisfacen *a costa* de las mujeres, lo mismo en la sociedad tradicional que en la moderna. De ésta, Huston critica su versión políticamente correcta de la *doble moral*: sostiene simultáneamente (i) que mujeres y hombres son iguales —cuyo primer corolario es que las mujeres deben obviar cuanto en ellas evoque la maternidad y hacer su deseo simétrico del masculino—, y (ii) que para las mujeres es una enaltecida vía de realización personal *corregir* su imagen para halagar el erotismo masculino —de hecho, la más valorada socialmente, por

ellos. Es un doble engaño: afirma que la igualdad *civil* lo es existencial y, paralelamente, exagera la diferencia estética, y la explota sexual, política y económicamente.

Huston señala que el desdoblamiento sujeto-objeto que se impone a las mujeres puede aportarles una ventaja estratégica, porque las adiestra en ponerse en el lugar del otro y las hace más conscientes de que somos seres sociales, dependientes unos de otros, precisamente porque la crianza es el paradigma de ello. Quizá devolver a la maternidad, con el consiguiente compromiso afectivo, el valor de vivencia existencial elevada —sin idealizarla ni instrumentalizarla políticamente—, no menos importante que el erotismo lúdico, y promover la abolición del culto a la violencia y una implicación masculina paritaria en la paternidad y la vida común, —opina Huston— podría ayudar a reducir significativamente las violencias masculinas.

Los matrimonios mayores felices evidencian que el amor sobrevive al atractivo erótico juvenil. Previendo la acusación de regreso al conservadurismo —feminidad, estabilidad, maternidad, ‘puritanismo’—, Huston reivindica la distinción bio-sexual porque esa diferencia no tiene por qué ser jerárquica, ni obligar a nada, y porque cree que investigarla contribuirá a que las mujeres dejen de ser “reflejos en el ojo de un hombre” para ser dueñas de modelar culturalmente la aún indeterminada plasticidad de su naturaleza, sin negarla, como mejor se sientan consigo mismas, sin ser objeto de agresión por ello. Conventría también que hombres y mujeres, juntos, indagáramos formas naturales de

morigerar y reconducir constructivamente la mayor pulsión masculina hacia la genitalidad, la jerarquía y la violencia —y la actual indulgencia cultural con ella— que, para Huston, como buena feminista, es el origen del mal.

Juan Manuel Iranzo  
*Universidad Complutense de Madrid*  
juanmairanzo@terra.es